

El Baluarte

Sección Polémica.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 750
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 288

Sevilla—Viernes 18 de Diciembre de 1903

AÑO XXVII

Triple Anís Balbontín (puro vino): 32 pe-
setas arroba.—Feria 100, Sevilla.—(Se lleva á do-
micilio.)

EL QUIJOTE

Querido Carrasquilla: Tú, tan ingenio-
so, tan cáustico, que todo lo satirizas y
que no respetas ni las canas venerables,
ni la jerarquía del mismísimo Spinola; tú,
que has tenido comunicación directa con
el estadista de la restauración y de la re-
gencia, ¿por qué no has hablado ya con
Cervantes y nos has puesto al tanto de su
opinión y de su juicio respecto de la com-
memoración del centenario de su hidalgo
y de su escudero famosísimos? Quizá al
ingeniosísimo Sancho se le hubiera ocurri-
do alguna idea luminosa y nueva para
aparecer, al cabo de tres siglos, montado
en su borrico á posesionarse de la Bara-
taria famosa, para repartir tajos y man-
dobles contra los concusionarios, contra
los defraudadores, contra los usurpado-
res de los derechos del pueblo y contra los
detentadores de la libertad, que también
han despojado á sus administrados de sus
tierras y propiedades.

Si sería de gran efecto una ingeniosidad
del moftetudo positivista, en estos
tiempos de andantes regeneradores, de
caballeros que, si no como el de la Triste
Figura, rompen lanzas y libran combates
por hacer una revolución rápida, radical,
brutal, no por su dama, sino por su fama
y por su pro.

Un festejo sanchesco sería el número
notable del programa, el más atractivo
para que propios y extraños, es decir, los
de casa y los de fuera, pudieran apreciar
bien, no sólo el verdadero carácter del que
parece el más egoísta de los escuderos, sí
que también la significación y las ense-
ñanzas que se deducen de la hermosa re-
lación de amo y criado, que se nos presen-
ta hoy ni más ni menos que en los días en
que la ideó y la dió á luz el maestro uni-
versal.

Hoy hay tantos Quijotes como enton-
ces, pero que todavía no han comprendi-
do al legendario loco.

Los Sanchos tienen todos los egoísmos
escudileres, menos el concepto de la jus-
ticia que caracteriza á aquel positivista
servidor del enderezador de entuertos.

Secundemos con toda nuestra voluntad
la hermosa idea de Cavia, y ocupemos un
lugar en las filas de los adheridos, al pen-
samiento; pero, escriba algo, diga algo,
Carrasquilla, que se salga del marco.

Llame á Sancho por teléfono y que
Sancho nos brinde con un número para
el programa de los festejos, aunque sea
en colaboración con Maura y demás aca-
démicos conservadores y ultramontanos.
Que tal vez de ahí salga la fórmula de la
regeneración.

A. A.

Murmuraciones

El párroco de Herrera ha muerto, y
Carlitos Cañal ha hablado en las Cor-
tes.

Dos cosas que parece que no tienen
importancia, y es verdad.

Del párroco de Herrera nada puedo
decir; pero es de creer que, habiendo si-
do párroco, no lo pasará mal por allá
arriba, por la Corte Celestial.

De Carlos Cañal sí puedo decir algo.
Dicho señorito, á quien hasta *La Epoca*
—le parece á usted!—le ha hecho un
suelto oficioso de veinte líneas, diciendo
en ellas que no se equivocó en el discur-
so, ha abogado porque á los señores ca-
tedráticos les suban el sueldo.

¡Carambita con Cañal!
¡Cómo sabe defender los intereses de
la Universidad de Utrera, su distrito!
—¡Pero si Utrera no tiene Universi-
dad!...

—¡Para cuando la tenga!—habrá di-
cho Cañal.

El es un espíritu culto y se ocupa en
aquello que entiende.

Nunca hace un diputado mejor papel
que cuando se levanta en el Congreso á
pedir que el Estado suba los sueldos de
aquellas personas que cobran de él.

Aunque los catedráticos aludidos—los
que cobran 3,500 pesetas, porque Cañali-
to ha tomado por base los que cobran
menos y no parecen por la cátedra—de-
berían de tomar ejemplo de su defensor,
quien es una persona muy aprovecha-
dita.

Cuando hace obra en su casa y tiene
que sacar escombros, se pasa por la al-
caldía y le dice á su amigo el alcalde de
Sevilla, señor Checa:

—Mira, Fernando: Mándame á casa
los carros del Ayuntamiento y que se lle-
ven el derribo.

Y se ahorra eso.
Si los catedráticos imitaron á su de-
fensor, saldrían, á fin de año, con el sue-
do más saneado.

(Lo anterior se ha dicho en la Sala
Capitular del Ayuntamiento de Sevilla.
No lo vayáis á achacar á mi mala lengua,
ó á mi mala pluma. Los hechos que yo ci-
to son históricos. ¿Es verdad, señor Palo-
mino (D. Félix)?)

Por lo demás, el distrito de Utrera es-
tá de enhorabuena.

Ha elegido un diputado que habla co-
rrectamente y con propiedad.

En Sevilla vamos á tener un confli-
cto.

Los tres señores que componen—digo
los cuatro señores—la fracción denomi-
nada canalejista, se resisten á sumarse
con los cuarenta señores que forman la
fracción monterriista.

Dicen éstos—los de Montero Ríos—
que así como el señor Canalejas ha acep-
tado la jefatura del primero, los subordi-
nados al segundo deben de pasar por las
horcas caudinas del jefe provincial, señor
Ruiz Martínez.

Dicen los canalejistas que, antes de
someterse, se tirarán al río, aunque, á la
hora de tirarse, lleve éste dos metros so-
bre su nivel ordinario.

Y... ¡hé aquí la cuestión!
¿Qué hacer?

El Defensor de Sevilla, por la parte
que le toca, no ha dicho todavía esta bo-
ca es mía. Sigue llamándose *diario de-
mocrático* sin manteca—quiero decir sin
la manteca de Montero.

Y esto hay necesidad imprescindible
de solucionarlo antes de la hora del ban-
quete.

Y antes de que lleguen los grandes
fríos.

El señor Ferrandiz, ministro de Mari-
na, ha confesado que en los arsenales del
Estado hay obreros que cobran ochenta
pesetas mensuales y solo se les entrega
material por valor de dos pesetas.

Y... ¡ahí está el lío marítimo!

Es decir: ahí está uno de los líos.

Porque la Marina es un dedalo de
líos.

Dije el otro día que un hermanito de
la Doctrina cristiana, de esos que ense-
ñan moral y lo otro en los establecimien-
tos religiosos de Santander, había cometi-
do un indigno ultraje en la persona de
un educando.

Como estas barbaridades no las creen
las beatas, quizá fundándose en que á
ellas no las ultrajan á pesar de las gani-
tas que tienen algunas de que las ultra-
jen, es conveniente dar pelos y señas.

Por eso copio á continuación:

“Por fin ha sido preso el *Gorgias* vio-
lador de un niño de seis años. A los cinco
días de cometido el repugnante crimen
fué llevado á la cárcel.

Se ha necesitado, para hacer justicia,
que el padre del niño denuncie el hecho;
que la infeliz criatura esté gravemente
enferma; que el médico forense, señor
Bravo, certifique la existencia del atropello,
y que el pueblo se indigne.

El hermano de la Doctrina, el delin-
cuente, se llama Pedro Parella Sitoveras,
tiene treinta y tres años, es natural de
Salud, provincia de Gerona, y es alto,
fornido, de tipo vulgar y repulsivo. Una
víctima del absurdo celibato.”

No señor: no es una víctima del ab-
surdo celibato, sino víctima de un tío ani-
mal.

¡Estos gacetilleros todo lo quieren
arreglar con el casorio!

¡Es fuerte cosa que estas burradas no
las cometan más que esa gente que se
visten por la cabeza!

El Mambrú de Villaverde

ha anunciado su regreso...

¡Digo! ¡Ya lo han conocido,

¡qué pronto! en el extranjero!

Al señor Gasset, exministro de Obras
públicas, lo están poniendo de vuelta y
media en las Cortes.

¿Se acuerdan ustedes de la inaugura-
ción de los caminos vecinales, cuyo día
se hizo de fiesta por las autoridades y fué
motivo para juergas y banquetes?

Pues bueno... ¡ndá!

Contestando á los ataques que le han
dirigido en el Congreso, el señor Gasset
dijo:

—He inaugurado cinco pantanos.

A lo que le contestó el señor Villa-
nueva:

—¿Cuándo se construirán? Lo mismo
que ha inaugurado cinco pudo inaugurar
cincuenta.

Que es lo que sucede en Sevilla con las
estatuas y monumentos.

Todos se inauguran con banquetes y
festejos y á cuenta del erario municipal,
pero ni los monumentos ni las estatuas
parecen por ninguna parte.

Y si no... que hable la estatua de San
Fernando, inaugurada en la Plaza Nueva
hace ocho ó diez años... ¡y la estatua sin
parecer!

Lo mismo sucederá ahora con el cen-
tenario del *Quijote*.

¡La mar de monumentos... en la mo-
llerá!

Maura dice que se va
á descansar á su casa;

y yo digo simplemente:

—¡Por mi parte que se vaya!

Acabo de enterarme de una cosa muy
graciosa que me da visos de grande hom-
bre.

El Dr. Guillermo López, quien ha ve-
nido publicando en *La Publicidad* de Bar-
celona unos apuntes curiosísimos acerca
de la higiene del matrimonio, conclúyelos
con una pauta matrimonial que tiene mu-
cha miga.

Entre las partes interesantes me en-
cuentro esta:

“Los hábiles creadores de estadísticas
demuestran que los nacimientos y fecun-
daciones de los hombres ilustres están su-
jetas á ciertas leyes, y dicen:

Febrero y Marzo son los meses en que
han sido engendrados gran número de
hombres ilustres; por consiguiente. No-
viembre y Diciembre los meses en que
nacen más hombres notables. Quedan,
pues, reservados al vulgo, para su naci-
miento, Enero y Febrero.”

Yo nací en Diciembre, en el mes en que
nacen más hombres notables.

Cuando no tenga qué comer, recurriré
á la fecha de mi nacimiento y me desayu-
naré con ella.

En el susodicho ayuntamiento me en-
cuentro la opinión de varios hombres no-
tables acerca del matrimonio, y no resisto
á la tentación de insertarlas.

Decía Balzac que amarse siempre en
el matrimonio es la más temeraria de las
empresas.

Y luego añadía:

“Por mucho que exprimáis el matri-
monio jamás saldrá de él otra cosa que
un placer para los solteros y un fastidio
para los casados.”

¡A ver si hay quien levante esa baza!

Hasta Pí y Margall echó en vida su
cuarto á espaldas en eso del matrimonio.

Porque decía:

“El matrimonio es una enfermedad
que dura nueve meses, pero que tiene una
convalecencia de muchos, pero muchos
años.”

Y él murió á los setenta y tantos.

¡Lo sabría bien!

Ciento diecinueve millones de pesetas
en oro lleva ya cobrados Alfonso trece.

¡Y decían que no iban á tener dinero
bastante para hacer el viaje á Portugal!

Días pasados, y en el vecino pueblo de
Viso del Alcor, cacicato del señor Domín-
guez Pascual, sucedió lo siguiente:

Un pobre trabajador tenía que ajustar
cuentas con un boticario, y á su casa fué.

El boticario—según dice el demandan-
te—le ajustó las cuentas del Gran Capi-
tán, y como el trabajador le exigiera el
producto de su trabajo, tratándole de
demostrar que había equivocación en lo
entregado, el boticario y sus amigos no
se anduvieron con chiquitas, sino que le
dieron una suma de garrotazos para
él solo, poniéndolo á las puertas de la
muerte.

El apaleado recurre á los médicos, y
los médicos le dicen que lo que padece es
un ataque de carbonitis—enfermedad sin-
gularísima en el Viso.—Recurre al juez
municipal, que es el mismo boticario, y el
juez le dice que recurra al Nuncio.

Y allá en el Viso está el pobre; enfer-
mo, con la cabeza rota, sin encontrar á
nadie que le quiera aplicar siquiera un
parche de justicia.

Esto ha sucedido ahora en el Viso del
Alcor.

Pero que todos los días sucede en los
demás pueblos de la provincia.

Y... ¡nada!

No hay quien arrastre á un cacique.

¡Estos son pueblos de cabras!

Dice un colega, casi con lágrimas en
los ojos:

“En las agencias de préstamos se ven
máquinas de coser, planchar, formones y
otros instrumentos necesarios para las
ocupaciones habituales de quienes tuvie-
ron que llevarlos en momentos de grandes
apuros.”

Pero usted, ¿qué esperaba ver en las
Casas de préstamos?

¿Mantos de armifio y coronas reales?

¡Gracias que se vea alguna que otra
vez un Cristo ó una Virgen!

Y eso se ve... porque son de plata y
están en manos del sacristán.

CARRASQUILLA.

Los contratos municipales

El Progreso del día 13 del corriente
mes publicó las siguientes preguntas:

“En el cabildo de anteayer se acordó,
como habrán visto nuestros lectores, en-
comendar al Centro de Bellas Artes la
dirección de los trabajos que supone la
obra del cartel anunciador de los festejos
de la próxima primavera.

Y en la sesión que celebró el muni-
cipio el viernes anterior, ó sea el 4 del ac-
tual, se adoptó el acuerdo de celebrar la
oportuna subasta, con arreglo á la ley, al
mismo efecto.

Y preguntamos nosotros: ¿Cuál de los
dos acuerdos es el que va á cumplir la
Corporación municipal?

¿Ha podido el cabildo dejar sin efecto
implícitamente una resolución legal por
otra que no lo es, máxime cuando se ha
omitido el requisito de no consignar en la
citación que de eso se había de tratar?

Veremos si hay alguien que nos saque
de esta duda.”

Y el mismo *El Progreso*, en su edición
del día 15, da cumplida contestación á sus
preguntas, aclarando los manejos muni-
cipales en la siguiente forma:

“Razón teníamos al encontrar muy ra-
ro aquello de los dos acuerdos contradic-
torios del municipio sobre la confección
del cartel de los próximos festejos de pri-
mavera.

Parece que lo que hay en el fondo de
todo es un manejo de alguien que trata
de convertir la cosa en *sustancia*, bajo la
salvaguardia del Ayuntamiento y el Cen-
tro de Bellas Artes, que se dejan llevar
sin saber dónde van, y se dice que está de
antemano convenida la ejecución de la
obra con una casa de Gijón en menos

cantidad de la que luego ha de pagarse por él.

A efecto de que el plan resulte, se piensa pedir la exención de subasta al Gobernador civil, cosa á todas luces improcedente, y que pondrá al Sr. Alonso Zabala en berlina, tal vez haciéndole figurar como director y explotador del asunto.

Señor Gobernador, ya tiene usted dado el alerta.

Son en extremo censurables las artimañas de que se valen algunos concejales para facilitar á industriales aprovechados los medios para gravar inconsideradamente el erario municipal.

Durante los cuatro últimos años, el Alcalde señor Checa, á pesar de sus puritanos alardes de hombre legal, ha otorgado á una su favorecida casa tipográfica la estampación de los carteles de Feria, con notorio y escandaloso perjuicio de los fondos municipales, puesto que la casa protegida á que aludimos, la del señor Ortega, de Valencia, ha cobrado sus trabajos por el duplo del precio en que ofrecía hacerlo otra casa de igual categoría de España, la del señor Portabella, de Zaragoza.

Y ahora, según los informes de *El Progreso*, parece que se trata de otorgar á la casa de Gijón, en forma ilegal, una prebenda, con notorio perjuicio de los intereses públicos, y muy particularmente con menoscabo del crédito é intereses de la industria litográfica sevillana.

No dudamos de que el complot se llevará á efecto, porque el tupé de los ediles conservadores es inconmensurable.

Pero han de oírnos hasta los sordos.

Lo religioso y lo político

Con motivo del debate político que en estos momentos se discute en el Parlamento, ha vuelto á plantearse el problema de la cuestión religiosa, siendo muy distintas y encontradas las opiniones emitidas en este punto por unos y otros oradores.

Para nosotros es esta una cuestión sencilla, muy sencilla de resolver. Un gobierno cuidadoso de sus prerrogativas y fiel á su representación, no puede tener en esta cuestión más que un punto de vista: la soberanía del Estado. El regalismo no ha tenido más celosos mantenedores que nuestros reyes, y con rasgos de tan vivo y á veces enfurecido celo (hablan de ello las viejas crónicas y no la ocultan las modernas), que más de un Nuncio ha resultado perseguido, y más de un Pontífice desacatado, por creer que se excedían en sus atribuciones.

En época de religiosidad profunda nace la leyenda del Cid rompiendo su silla ante el Papa. En tiempos en que el sentimiento y la realidad de patria seguían confundiendo con la religión, porque aún continúan dominando los infieles en una parte de la península, muéstranos don Pedro metiendo su caballo en el Guadalquivir, y mandable en mano, para alcanzar y dar algo más que memorias al azorado y fugitivo Legado pontificio.

En muy semeiante disposición, no de actitud material, pero sí de ánimo, aparece alguna vez el rey católico, sin contar su famoso dicho: "Vos al Papa y yo á la capa." Y si su invencible y glorioso nieto entra á saco en Roma sin perjuicio de mandar que toquen las campanas á vuelo por el cautiverio del Vicario de Jesucristo en la tierra, el alma mística del biznieto se abraza en el amor divino, pero despierta férrea é indomable con la idea de su poder humano y de su universal majestad cuando algún Breve pontificio roza los blasones de su altiva corona.

En momento más inmediato, el reinado de Carlos III es la afirmación más contundente del poder civil frente á las invasiones del religioso; y ya viniendo á nuestros días, el Concordato aún vigente, hecho por el moderantismo tan propenso á todo prurito reaccionario, tiene, sin embargo, todos los caracteres de una reivindicación de soberanía del Estado.

No lejanos entonces los sangrientos sucesos del 1835, el sentido del Concordato, antes que á satisfacer el desquite de las órdenes monásticas atropelladas y escarnejadas en aquellos terribles sucesos, pareció tender á su definitiva desaparición.

Sólo para tres institutos de monjes piadosos ó misioneros patrióticos quedó franca la puerta; y con tal limitación transcurrió el reinado de D.^a Isabel II sin que el señalado influjo de ciertas personalidades de la Iglesia ni la dirección levítica de la Corte y de los cortesanos pudieran determinar un movimiento de regresión al estado de cosas anterior á los sucesos del 33.

Los hombres que hoy empiezan á encanecer oyeron en su infancia hablar de los frailes como pudieron oír hablar de los moros, por referencia y nada más que por referencia. Eran cosa de otro tiempo, pertenecían casi á la leyenda.... Ni Narváez, ni San Luis, ni Arrázola, ni González Bravo, ni mucho menos O'Donnell, aun habiendo respetado la influencia del arzobispo Claret, de sor Patrocinio y la comunidad Salesiana, consintieron en que los antiguos conventos de regulares expulsados volvieran á tomar la dirección del alma española.

La Revolución, naturalmente, no podía seguir distinto rumbo. Con respetar la política de los modernos tenía bastante.

En cambio, los hombres de la restauración han procedido de bien distinta manera; conservadores y liberales, por una debilidad que pretende excusarse en la guerra civil y en necesarias deferencias para con Roma y cediendo después, en no pocas veces, á presiones del "medio" político y á cierto estado espiritual y mezcla de moda, rompieron con la fuerte y salvadora política de treinta años, quedando por completo autorizado el clericalismo en España, implantándose infinidad de conventos en los que viven muy cerca de 60.000 frailes, gracias á la flaqueza é imprevisión de unos y otros gobernantes.

Esta es, á grandes rasgos, la historia de lo que ha pasado. Pero, ¿es que esa imprevisión y esa flaqueza son irremediables? Volvamos á lo nuestro; volvamos al regalismo antiguo; volvamos á la soberanía del Estado, y en verdad que con sólo dirigirse por ese anchuroso y nacional camino, cualquier gobierno hallará la cuestión resuelta, separando lo religioso de lo político y dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Chismografía teatral

LA FUGA DE UNA TIPLE

No se inquieten los lectores por el alarmante título. El hecho no ha ocurrido en Sevilla, sino en Valencia, aunque algo nos afecte aquél por ser "morena y sevillana" la protagonista del suceso. Este, aunque ocurrió hace un mes, hasta ahora permaneció envuelto en la más densa cortina del misterio; pero una característica (¡característica tenía que ser!) se ha encargado de levantar aquélla, y escribe en *La Correspondencia de España*:

"La temporada deslizábase tranquila y la tiple siendo siempre objeto de atenciones y agasajos.

Una noche anunciábase el estreno en aquella provincia de ese monumento del género chico que se llama *San Juan de Luz*.

La Empresa había despachado todas las localidades, el teatro estaba de bote en bote. Había gran curiosidad por ver á aquel prodigio de criatura vestido de mallas y luciendo sus formas esculturales.

Todo estaba preparado. La luz dada en la batería, el director de orquesta en su sitio, el público todo ocupando sus asientos respectivos....

Y pasaron cinco minutos.... y diez.... y un cuarto de hora.... Y nada.... La función no empezaba.... El público, impaciente, taconeaba; los acomodadores iban y venían, guardias de Seguridad salían precipitadamente del escenario....

Por fin, se alza la cortina.... Pero se alza silenciosamente, sin que la orquesta ejecute número alguno de introducción.

Un representante de la Empresa apareció en escena, y después de aguantar el tradicional ¡aaaah! del público, avanza hasta las candlejas, y en medio de un silencio sepulcral dice:

—Respetable público: La Empresa se ve en la precisión de suspender el estreno anunciado porque la señorita Fulana—aquí el nombre de la tiple—¡ha desaparecido del teatro."

¿Dónde había ido la tiple? La misma característica se encarga de contarla.

Oigámosle:

—¿Pero se trata de un rapto?—preguntaban unos.

—¡Cál!—respondían los más avisados.

—¡Es fuga! ¡Y con un hombre casado!....

—Y riquísimo—agrego yo ahora. Porque han de saber mis lectores que el afortunado mortal en cuestión es el hombre más rico de toda la región levantina.

Al día siguiente, un caballero, elegantemente vestido, se presentó en el Gobierno civil.

—Yo, caballero—dijo al gobernador,—soy el padre de la tiple desaparecida anoche.... Soy profesor de la Escuela Normal de....—aquí el nombre de una de las primeras provincias.—Necesito que se despache toda la policía, toda la Guardia civil, en persecución de los fugitivos.

Y así se hizo. Pero desgraciadamente las pesquisas no han surtido efecto.... Y ya hace un mes que los tórtolos se están arrullando, mientras una esposa desventurada llora y un padre y profesor da lecciones en su escuela...."

La misma chismosa característica, hace la presentación de la tiple fugada en la siguiente forma:

"Debutó, si no estoy equivocada, en la Zarzuela. Era un primor de muchacha. Morenita, con ojos grandes, negros.... Su voz, pequeña y aflautada, tenía el timbre de una campanita de cristal.... Bailaba sevillanas y soleares con gracia inimitable, y todo el mundo auguró á la gentil artista un porvenir risueño.

De familia de artistas y de bellezas, pues la madre de estas criaturas habrá hecho muy mal en romper el molde, la novel tiple, que tiene una hermana consagrada á la ópera, pasó luego de la Zarzuela, donde debutó, al teatro Eldorado, de triste recordación.

Todo Madrid recordará aquel verano en que la tiple mimada del público era festejada por los hombres y se captaba las simpatías de las mujeres.

Yo recuerdo haber visto en un *cuchitril* de Eldorado á un ministro de la Corona, á un torero de los de más *tronío*, á un poderoso director de publicaciones ilustradas, á un escultor eminentísimo y á tantos y tantos que quemaban incienso en el ara pura de aquella criatura deliciosa."

Un *traspunte*, en *El País*, ahonda más en esta historia, comidilla hoy en todos los escenarios, y dice:

"No se trata de un rapto, sino de una pasión amorosa.

La característica de *La Correspondencia* ignora dos capítulos de la novela, muy interesantes también. El uno se podía titular, y no pasaremos del título, *Fruito de bendición*; el otro es dramático, y en él había que relatar el conato de suicidio de la hermosa tiple, á quien la solitud de sus compañeros pudo librar de la muerte."

No añadiremos un solo comentario á los relatos copiados de esa historia de amores, chismografía hoy de la actualidad teatral. Solo si manifestaremos que sentimos envidia del apuesto galán, burlador de la tiple "morena y sevillana."

EL WATERLOO DE LA DUQUESA

Entre todas las mujeres galantes de aquella época, que no brillaban precisamente por su moralidad y buenas costumbres, distingúfase la duquesa X, dama de abolengo empingorotado, de sangre muy ardiente, aunque azul, poco cuidadosa del qué dirán, muy ufana de su hermosura y muy orgullosa de sus triunfos; triunfos notables y esplendorosos.

Era el Napoleón del deleite. Ninguno, absolutamente ninguno de los adversarios que decidió vencer en lides amorosas, pudo resistirla. Plaza masculina sitiada, plaza ganada por aquella implacable matenedora de la hegemonía de Venus.

Los hombres de mayor significación en las ciencias; en las artes, en la política; en la milicia en la (tauromaquia); y hasta en el clero (si no mienten las crónicas de entonces) habían sufrido la influencia dominadora de la duquesa; nadie en quien ella puso la vista pudo contrarrestar el

imperio de aquellos ojos tiránicos y acariciadores. Se citaba el caso de un ministro que no fué á jurar ante la presencia del Rey por jurar sobre los labios de ella.

Y conste que el sujeto era, ó mejor dicho, iba á ser ministro en primeras nupcias.

¡Calculen ustedes si tendría razón para manifestarse orgullosa de su poderío incondicional la encantadora dama! Era irresistible. Así lo proclamaba Madrid entero. En el punto culminante de su gloria estaba la duquesa cuando vino á Madrid, y recomendado á ella precisamente, un muchacho andaluz que no poseía más fortuna que su buena estampa y un libro de versos que aún no tenía estampa ni buena ni mala, porque estaba manuscrito á disposición de los editores.

La actitud modesta y bastante fría que adoptara para con ella el mozo el día de su presentación á la duquesa, dejó á ésta entre disgustada y sorprendida.

Bueno que el muchacho, dada su procedencia provinciana, fuese tímido, pero que tan lógica timidez no hubiera sido vencida por una mirada de deseo y por una frase de admiración hacia su hermosura, era cosa que no podía explicarse la ilustre señora.

Nuevas visitas en las que el poeta mostrase, si no tan tímido, tan frío y reservado como en la primera, picaron el amor propio de la señora X, y decidió—capricho propio de grandes triunfadores—amarrar al carro de sus gloriosas victorias aquel enemigo de mala muerte. Nada más que una leccioncita para que no presumiese de invencible.

La primera vez que, luego de esta decisión suya, recibió la duquesa al joven provinciano, estaba vestida con una bata de encajes blancos que permitía, por transparencia, no adivinar, entrever multitud de simpares encantos.

Cada descuidadamente sobre una *chaise longue*, echada hacia atrás la cabeza, medio entornados los ojos, sonriente la boca y una pierna cruzada sobre la otra para dejar ver descuidadamente una media de seda azul que acariciaba el arranque de su pierna estatuaría, era la duquesa la más provocativa imagen que pudo inventar el Amor para seducir á un dios, ó el diablo para tentar á un anacoreta.

Pues, como si nada. El joven habló indistintamente de multitud de cosas; hizo el mismo caso de las provocaciones de la duquesa que de las coplas de Calainos, y se fué tan tranquilo como si hubiese estado hablando con su abuela.

Poco más ó menos sucedió en otras entrevistas, en un almuerzo á solas, donde la duquesa, contando con ella y con los vapores del vino, imaginó triunfar. Nada; el mozo no se daba á partido y la duquesa se daba á todos los demonios.

«Esta noche será»—decía la duquesa contemplando con despecho al joven, que estaba junto á ella en el palco que tenía abonado en el Real.

Cualquiera hubiese apostado por la de X. Su rostro brillaba como un astro de carne á la luz de las lámparas incandescentes; su cuello robusto y flexible se desvanecía en deliciosas curvas sobre el blanco y palpitante escote, escote tan hermoso que la modista había tenido la bondad de hacer el corpiño muy bajo para robar la menor cantidad de belleza posible á los ojos humanos que tuviesen la fortuna de contemplarla, ya que no la de ser atraídos hacia ella por los redondos brazos que, semejantes á dos columnas de alabastro, caían á lo largo del maravilloso cuerpo de la duquesa X.

Aquella noche, el triunfo de ésta sobre el provinciano era indiscutible. Así es que cuando, luego de invitarlo á la salida del teatro para que le acompañase hasta su casa en coche, se dejó caer junto á él sobre los almohadones del *landau*, la duquesa esperó sin decir palabra, segura de vencer.

Y el joven habló... habló de todo, menos de lo que la duquesa esperaba: del teatro, de la gente, de la ópera; del tenor, de la tiple.

—¡Bueno, bueno!—dijo la de X con acento nervioso.—Permítame usted una pregunta, joven. ¿No le gustan á usted las mujeres?

—¡Muchol! Extraordinariamente—respondió el andaluz.

—Entonces, ¿por qué no me ha dicho usted nada?

—Porque perdona usted la franqueza, porque usted no es mi tipo.

—¿Que no?

—No, señora; mi tipo es otro muy distinto al de usted; por él muero y por él solamente suspiro.

Es una mujer á quien hago el amor con todo el alma.

—¿Pero yo, yo no merezco también su aten-